INOLVIDABLES

Sabina Colloredo

Cleopatra
reina del desierto

ANAYA

Título original: *Cleopatra. Regina del deserto*

1.ª edición: junio de 2025

© Del texto: Sabina Colloredo, 2015
© De las ilustraciones: Barbara Bongini, 2015
© De la traducción: Carlos Gumpert, 2025
© Grupo Anaya, S. A., 2025
Valentín Beato, 21. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-143-4490-3
Depósito legal: M-8308-2025
Impreso en España – *Printed in Spain*

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Sabina Colloredo

Cleopatra

reina del desierto

Ilustraciones de Barbara Bongini

Traducción de Carlos Gumpert

ANAYA

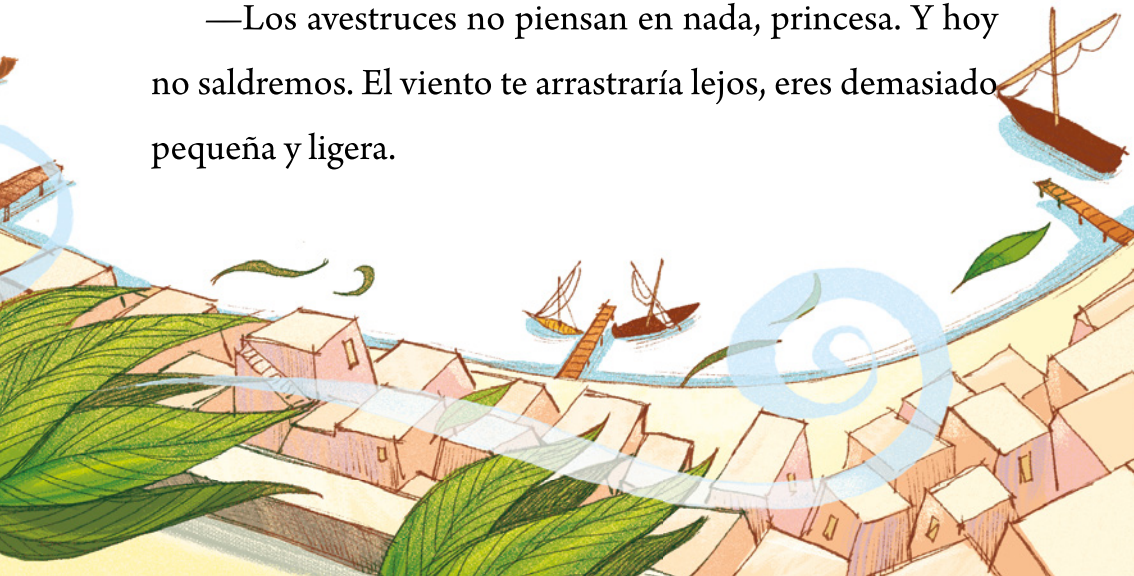
Capítulo 1

La tormenta

En Alejandría, soplaba un viento borrascoso y las gaviotas volaban bajas entre las nubes.

—¿Por qué no puedo salir al jardín? —preguntó Cleopatra a Iras, su nodriza—. A esta hora pasan los avestruces; si no me ven, ¿qué pensarán?

—Los avestruces no piensan en nada, princesa. Y hoy no saldremos. El viento te arrastraría lejos, eres demasiado pequeña y ligera.



—No le tengo miedo al viento.

—¡Pues deberías! —Iras apartó las cortinas que ondeaban como velas—. ¡Mira lo agitado que está el mar! ¿No ves las palmeras que se doblan hasta el suelo, bajo las ráfagas? El viento podría levantarte y dejarte caer en medio del desierto. ¡O peor aún, llevarte volando hasta Roma! —Iras puso cara de disgusto—. ¡Que Isis nos proteja de los romanos!

Cleopatra sujetó a su gata blanca en sus brazos y empezó a acariciarla con los ojos entrecerrados. Su pelaje era tan suave que le producía escalofríos.

—Los romanos son nuestros amigos —dijo.

—Por ahora. ¡Pero ya se sabe que los romanos van donde sopla el viento! —Iras empezó a peinarla—. Tienes un pelo precioso, princesa. Tupido y suave. Pero necesitas engordar, estás tan flaca como un renacuajo.

—Háblame de Julio César. ¿Es de verdad el gran guerrero que todos dicen que es?

Iras dejó el cepillo y la miró a los ojos.

—Piensas demasiado, pequeña.

—Mi padre no deja de repetir que César ha conquistado el mundo y que nadie puede resistirse a él.

—Tu padre es el rey, y si él lo dice, será verdad.

Cleopatra restregó la cara contra el hocico de la gata, a la que había llamado Isis, como la diosa egipcia protectora de las mujeres.

—Cuando César va a la guerra —le explicó a Iras—, se lleva con él un suelo de mosaico con figuras de pájaros en vuelo, y durante las paradas manda que lo pongan en su tienda.

—Se dicen muchas cosas sobre Julio César, princesa. Pero esa me parece una tontería. César es un soldado, ¿de qué le sirve un mosaico bajo sus sandalias sucias de barro?

—Es un hombre culto y refinado. ¡Tú no lo entiendes!

Cleopatra resopló e Isis saltó al suelo con un movimiento sinuoso.

—¡Estoy harta de pasarme los días hablando contigo! Quiero un preceptor, como mis hermanos.

Salió de la habitación y echó a correr por el palacio tan rápido como sus huesudas piernecitas se lo permitían.

A Iras le costaba seguirle el ritmo.

—¿A dónde vas? Para estudiar, tienes que esperar hasta el año que viene. Eres demasiado joven todavía.

—Voy a ver a mi madre. Es la única que me entiende.

A Cleopatra le encantaba tocar con sus dedos las imponentes columnas doradas que sostenían el palacio real. Le transmitían todo el poder de los Ptolomeos, su familia, la estirpe divina que reinaba sobre Egipto y descendía de Alejandro Magno. Sentía que formaba parte de algo único e importante, y la majestuosidad y la riqueza que la rodeaban se lo recordaban todos los días.

A su paso, doncellas, esclavos y cortesanos se apartaban. La princesa era conocida por su mal carácter y, además de Iras, había pocos que pudieran hacerle frente.

—¡Madre! —llamó Cleopatra, entrando a la carrera en los aposentos reales.

La vio acostada en la cama, serena en su siestecita de la tarde, y se acercó con pasos ligeros para no despertarla. Los truenos retumbaban en el cielo produciendo un sonido sordo. Cleopatra tenía la sensación de que algo iba mal. El mundo temblaba en una tormenta, pero dentro de la habitación había una calma poco natural. Las criadas estaban inmóviles como estatuas alrededor de la cama.

—¿Mamá…? —balbuceó acercándose.

Su madre estaba durmiendo, con su pelo oscuro suelto alrededor de la cara, muy blanca, los brazos cruzados sobre el pecho. Cleopatra tomó su mano y la sostuvo con fuerza. Estaba fría como el viento.

—¡Tu madre ha muerto! —la voz de su padre, el rey Ptolomeo XII, era áspera y cortante. Su aliento apestaba a vino.

Cleopatra no lo había oído entrar y se asustó.

INOLVIDABLES

Fáciles de leer, difíciles de olvidar

Cleopatra

En este volumen se relata, para los más pequeños, la fascinante historia de Cleopatra: su infancia en Alejandría, su coronación como reina de Egipto, sus relaciones con los emperadores Julio César y Marco Antonio y, en suma, gracias a su inteligencia y ambición, su lugar único en la dinastía de los Ptolomeos y su influencia en el destino del Imperio romano.

ANAYA
www.anayainfantilyjuvenil.com

1525375
ISBN 978-84-143-4490-3
9 788414 344903